

MIGUEL A. SHOLOJOV, PREMIO NOBEL DE LITERATURA

Ignacio Martín Baró, S. J.

Dicen que el Premio Nobel es el mayor galardón literario que un escritor pueda recibir. Es probable que tengan razón. Pero yo tengo que confesar, a fuer de sincero, que la concesión de estos premios siempre me han dejado frío. Y con ello ni quito ni pongo a los que lo reciben. Sencillamente, lo que valen valen. Ningún escritor ha empezado a ser un genio o un "clásico" tras la concesión del Premio Nobel, como ninguna "estrella" de cine ha empezado a ser de verdad artista por el hecho de recibir un Oscar. Y si es así, ¿qué valor o qué significación se puede atribuir al tan codiciado titulito de "Nobel de Literatura"?

Podemos afirmar, sin ningún temor, que la concesión del Premio Nobel de Literatura constituye la consagración de un escritor. Pero, entendámonos: la consagración de lo que es, ni más ni menos. Porque, ya lo hemos dicho, el Premio Nobel no fabrica nuevos genios literarios. Por desgracia —y por ahí creemos personalmente que hay que buscar el busilis— la Academia deja que pesen demasiado en su balanza razones de orden político. Es natural. El Nobel se ha convertido en una sutil arma de aprobación o rechazo, de crítica o alabanza. Y en el complicado juego de pros y contras que es la política universal, los últimos valores literarios quedan un tanto ahogados.

No se nos interprete mal. No pretendemos decir que los Nobel sean exclusivamente un arma política. No. Pero es indudable que, sobre la base de una selección de buenos autores literarios, normalmente ya consagrados, la balan-

za en último caso se inclinará por razones políticas, no estéticas. Lo que es una verdadera lástima. Porque así les va a resultar muy difícil a ciertos autores el recibir el susodicho galardón. Cuando recientemente se habló de conceder un Nobel de la Paz a Walt Disney, a mí me entusiasmó la idea. Como me hubiera entusiasmado que el Premio Nobel de Literatura 1965 hubiera sido otorgado a Jorge Luis Borges, cuyo nombre sonó mucho, y a quien sobran méritos. Pero, hubo otras razones. Y el premio se lo dieron a Sholojov.

Sholojov es un gran escritor, nadie lo niega. Tan grande que ni siquiera va a desentonar en la lista de los Nobels. Pero no sin razón él mismo ha afirmado: "Estoy muy agradecido a la Academia Sueca, aunque considero que ha llegado con un retraso de treinta años." Lo cual es una estupenda verdad. Sólo que Sholojov pierde de vista el oportunismo político. Según el Dr. Fernando Valero —buen psicólogo y agudo crítico literario— la concesión del Premio Nobel a Sholojov pretende dar un aplauso al espíritu humano y democratizante que ha animado siempre al escritor ruso (por supuesto, sobre una estructura perfectamente socialista), y que se ha ido transparentando en la paulatina apertura de Krustchev, en quien tanto influía. Porque Sholojov fue uno de los hombres animadores de la política nacida en el XX Congreso del Partido comunista ruso. Allí se repudiaron los crímenes y la tiranía de Stalin. Poco después, se rehabilitaba la memoria de un gran número de escritores rusos "enterrados" por el dictador. Y si en política se propugnaba una

Si fuera necesaria una demostración de esta tendencia general, debieran haber sido suficientes las agitaciones de Noviembre pasado, en Santiago y en Buenos Aires, donde muchedumbres conmovidas pedían que Chile y Argentina se hicieran la guerra, por una estúpida controversia de límites (una línea de demarcación que pasa por medio de un desierto deshabitado e incultivable). O los gritos y burlas con que los universitarios chilenos de Concepción han acogido la visita del senador Roberto Kennedy. Ahora bien, los comunistas han dejado a un lado el internacionalismo proletario en Chi-

le, como en toda Suramérica, para desarrollar una propaganda nacionalista.

Tal vez el error fundamental sea otro. Los demócratas se niegan a comprender que América Latina está atrasada respecto a Europa o a los Estados Unidos, no porque el capitalismo y la sociedad burguesa hayan dado allí una mala prueba, sino porque todavía no han hecho ninguna. Si hace falta una revolución, no es la comunista, sino probablemente una revolución industrial, del tipo de la que comenzó entre nosotros a principios del siglo pasado.

cierta apertura, en literatura se trató de abrir el portillo a una brisa purificadora. Esa misma brisa que no pudo soportar el paniaguado Fadeiev, quien se suicidó. Y aquí viene el sentido político de nuestro Nobel: aplauso a esta tendencia de apertura, a esta brisa purificadora, hoy que Krustchev y su política —al menos en parte— han caído en desgracia.

En Sholojov se dan cita numerosos rasgos curiosos. Porque el mismo hombre que ayudó a Krustchev en el proceso de "desestalinización", pudo publicar su obra fundamental gracias, tal vez, a un juicio benévolo del dictador. En 1929, comentaba Stalin: "Un famoso escritor de nuestro tiempo, el camarada Sholojov, comete en su obra *Río Don* una serie de graves errores y hasta proporciona datos falsos sobre Syrzov, Potiokov, Krivoschlikov y otros, pero, ¿se desprende de eso que la novela sea completamente inutilizable, que esta obra merezca ser reirada?"

De Sholojov se podría decir que, fundamentalmente, es hombre de un solo libro, magno libro: "*El río Don*", en cuatro volúmenes, el primero de los cuales fue publicado en 1928 y el último en 1940. El tema se centra en las luchas de los cosacos de la región del Don, por los años de 1912 a 1922. El protagonista de la novela, Gregorio Meliejov, es un hombre arrojado e inteligente, que junta cierta aristocracia tradicional rusa con el arrojo y bravura del rebelde indómito. Figura compleja en la que, como es natural, Sholojov se ha tenido que plasmar de muchas maneras. Frente a la lógica fría que exige el comunismo, Gregorio es lógico psicológicamente, es decir, con la lógica perfectamente ilógica del hombre. Políticamente, Gregorio dice de sí mismo: "Yo ando desde los diecisiete años en zigzag, haciendo eses como un borracho de un lado a otro. Me he separado de los blancos, no me he incorporado a los rojos, y estoy aquí flotando como el estiércol en el charco..."

Ciertamente, Sholojov es comunista. Verdadero comunista. Pero antes que comunista es hombre, y es poeta. Y cierta clase de comunismo —el que casi todos conocemos— es incompatible con el hombre y mucho más con el poeta: el comunismo del látigo y la maquinización inhumana. Por eso Sholojov, sin dejar de ser fundamentalmente comunista, ha luchado con una rebeldía asombrosa, defendiendo a carne y uña su libertad y la libertad de su pueblo. Nos lo dice por boca de su protagonista Gregorio: "La libertad mala es siempre mejor que la prisión buena. Vean ustedes lo que dice el pueblo: La cárcel está bien construida, pero sólo al diablo puede proporcionarle alegría".

En la epopeya de Sholojov se alinean todas las figuras de la Rusia revolucionaria y comu-

nista: el aristócrata zarista, junto al nuevo comisario bolchevique (ese comisario que tan bien nos ha descrito Gheorghiu en "*La segunda oportunidad*"), el campesino pacífico y el cosaco luchador y, cómo no, la blanca heroína rusa, una Ana Karenina cosaca: Aksinia, el amor de Gregorio. (Cfr. RUHLE, Jürgen: "*Literatura y Revolución*", Barcelona, 1963, pg. 78). Y, junto a esta galería de personajes, realmente admirable, un sentimiento nítido del paisaje, como eco diáfano de la acción.

Sholojov ha dicho: "Me considero el primer escritor ruso con el Premio Nobel, ya que Ivan Bunin era un exilado en París, y Pasternak un ruso traidor. Por lo tanto, soy el primer ruso Premio Nobel de Literatura."

Con perdón, no estamos de acuerdo en este punto. Porque, tomando el caso de Pasternak, más cercano, nos parece absurdo tildarle de ruso traidor. Pasternak es entrañablemente fiel a Rusia... pero con una fidelidad amorosamente filial. Por Pasternak habla "la madrecita Rusia", en su prosa y verso palpita el verdadero espíritu ruso, la auténtica alma de Rusia: la de antes, la de ahora y la de siempre. Personalmente, creo que hay muchos puntos de contacto entre Jivago y Gregorio, entre los paisajes terrenales y anímicos de "*El río Don*" y de "*El Doctor Jivago*". Más aún, si se nos permite, en Jivago encontramos gran parte del alma de Sholojov, así como muchos rasgos de Gregorio son aplicables a Pasternak. Lo que Sholojov debiera haber dicho es que él era el primer ruso comunista galardonado con el Premio Nobel. En eso sí estaríamos de acuerdo. Pero no hay que identificar ruso con comunista —por fortuna para los rusos.

Y ahí está tal vez el meollo de la cosa. Porque Sholojov nos ha dado una obra poética, no por ser comunista, sino a pesar de ello. La prueba está en que "*El río Don*", por mandato de los dirigentes comunistas, tuvo que ser enmendada y censurada: el puritanismo de cierta época stalinista, por ejemplo, hizo desaparecer preciosas escenas líricas. Hubo que borrar rasgos demasiado humanos en los héroes comunistas, descritos por Sholojov. La subjetividad tuvo que desaparecer en beneficio de la "objetividad" comunista. Y, quitada la subjetividad de una obra literaria, yo diría que no queda nada. Si lo que se nos dice vale —estéticamente, se entiende—, ello se debe a que ha pasado por el tamiz del autor, de su subjetividad. No. Sholojov es poeta por su espíritu, no por sus convicciones comunistas. Más aún: su novela ha sido interpretada muchas veces por observadores occidentales como una crítica del sistema comunista, y, sin embargo, Sholojov es tenido por una especie de héroe nacional en Rusia. ¿Contradicción? Yo diría distinto punto de vista. O